

El perdón y la purificación

Hablar acerca del Perdón y la Purificación es un tema un tanto oscuro, poco profundizado y desconocido por la mayoría de los hijos del Señor en este tiempo. Tal oscuridad e ignorancia se debe en gran parte a la manera errada en la que se predica el Evangelio. Una gran mayoría de cristianos creen que como ya fueron perdonados para vida eterna, ahora deben buscar ser purificados, entendiendo ellos como purificación: el cambio de los hábitos y las cosas que externamente son consideradas malas, inapropiadas y pecaminosas. Otra buena cantidad de cristianos optan por irse al otro extremo, es decir, se vuelven “libertinos”; éstos son los que creen que pueden vivir deliberadamente en su pecado, pues, a conveniencia propia proclaman que hay sangre suficiente para poder ser perdonados de los pecados. Tales planteamientos y posiciones no son una verdadera solución bíblica a nuestros pecados. Según la Escritura, podemos decir que Dios ya perdonó nuestros pecados, sin embargo, cada día debemos buscar ser purificados. En otras palabras, hay una situación que se hace efectiva al ir a nuestro pasado en Cristo y otra que la debemos buscar en nuestro vivir diario delante de Él. Es el sentido de lo que dice Romanos 6:17 ***“Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, os hicisteis obedientes de corazón a aquella forma de enseñanza a la que fuisteis entregados; v:18 y habiendo sido libertados del pecado, os habéis hecho siervos de la justicia”***.

Tocaremos algunos puntos para saber como podemos ser purificados:

1.- PARA NOSOTROS, NORMALMENTE LA SITUACIÓN DE LOS PECADOS ESTRIBA EN EL ACTO MISMO DE LAS OBRAS PECAMINOSAS QUE HACEMOS.

La mayoría de nosotros pensamos que todo el conflicto que tenemos con Dios es a causa de todas las cosas malas que hacemos, por lo que caemos en la trampa religiosa de querer dejar de hacer lo malo. Hermanos, no se trata solamente de solucionar las “malas obras” que hacemos, sino de arreglar un problema más grande que tenemos, al cual, el Señor sí le pone atención (lo veremos en el transcurso del tema).

2.- EL PROBLEMA DE NO SENTIRNOS PERDONADOS NO SE ORIGINA EN DIOS.

El problema esta en nosotros porque judicialmente hablando el señor ya nos perdono, así que el pecado en si mismo no es un problema de Dios, en realidad si queremos ver un problema para con Dios es la comunión que se pierde ante el señor por causa de vivir en el pecado, ¿porque? porque Dios espera que cada uno de sus hijos vida al señor en su experiencia y con ello tenga victoria sobre el pecado. que eso no suceda hace que dios se aleje y se desvincule de nosotros en cuanto a comunión.

ahora bien, volviendo al problema del pecado, miremos lo que nos dice este verso:

Dice 1 Juan 2:2 ***“ Y Él es la propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”***.

La palabra “propiciación” tiene una nota de llamado para entender esta palabra como “Satisfacción”. Esto quiere decir que cuando Cristo ofrendó su cuerpo en la cruz, esa obra fue tan perfecta, que satisfizo el corazón del Padre. Para Dios fue tal la obra del Hijo a favor de nuestros pecados, que la única manera de solucionar nuestros pecados delante de Dios, hasta el día de hoy, es la misma muerte de nuestro Señor Jesucristo, evento que sucedió hace dos mil años.

Esta ofrenda fue propicia y tan plena que no sólo satisfizo el corazón de Dios por nuestros pecados, sino también por los del mundo entero. Entonces el asunto del pecado ya fue solucionado por el Señor desde el día que Él se entregó como ofrenda en la cruz.

3.- LA PURIFICACIÓN

1 Juan 1:7 “mas si andamos en la luz, como El está en la luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado”.

1 Juan 1:9 “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

1 Juan 2:1 “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis...”

El Apóstol Juan escribió estas cosas para que “no pequemos”. La palabra, “limpiarnos”, que se menciona en el verso anterior, sí, tiene que ver con una limpieza pero también con algo que está libre de adulteración; en otras palabras está relacionada con algo “puro”. De allí que se diga, por ejemplo, “véndame crema pura”, lo que quiere decirse es “véndame crema que no se ha mezclado con nada”, es decir, no está adulterada, es tal como debe de ser.

En la Versión Reina Valera de 1960 esta palabra se usa bajo las connotaciones habituales de: *“limpio, libre o inocente”*. Tal limpieza o pureza es algo que se le exige a la comunidad neo testamentaria. Esto se refiere a algo moral y personal. Consiste en una dedicación en la que le permitimos a Dios que renueve nuestro ser interior. ¿Qué significa, entonces, “nos limpia de todo pecado”? Consiste en permitirle a Dios que renueve nuestro ser interior. La pureza del corazón está muy por encima de la pureza de las manos y cualquier otro miembro físico exterior.

¿Qué es lo que en realidad nos está diciendo el Apóstol Juan? Que nosotros, como hijos de Dios, debemos de buscar no que nos perdonen, sino que nos purifiquen. Para efectos de tener más claridad, si usamos la palabra “purificar” en lugar de “limpiar”, diría: “y la sangre de Su Hijo nos purifica...” Este sería el sentido más profundo y acoplado al original. “Purificar” significa “limpiar algo para volver a dejarlo en su estado original”.

La palabra “limpiar o purificar” que estamos estudiando, efectivamente, es una limpieza que implica una pureza interior, la cual, a su vez nos lleva a una consagración a Dios. Esta es la purificación que debemos buscar.

La purificación también es la condición que el Señor espera que tengamos en nuestra vida natural para estar en armonía con el vivir de Cristo en nosotros, de manera que dicho vivir tenga el medio propicio para desarrollarse eficazmente. ¿Será que el Señor nos quiere purificar para que seamos mejores? Definitivamente que no. Usted no puede, ni podrá mejorar, ni siquiera lo piense. Él quiere purificarnos para que nuestro ser armonice con el vivir de Cristo en nosotros.

5.- PARA DIOS, LA PURIFICACIÓN TIENE COMO OBJETIVO LA RESTAURACIÓN DE UNA LIMPIA CONCIENCIA.

Hebreos 9:13 “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la

carne, v:14 ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

Hermanos, según estos versos, la purificación es una restauración. Para Dios la purificación tiene como objetivo la restauración de nuestra conciencia ante Él. Es necesario que cuando nosotros arreglemos nuestra situación pecaminosa ante el Señor, nos demos cuenta que el fin es ser purificados. Ocupémonos de alcanzar una limpia conciencia y un corazón puro delante de Dios.

Leamos lo que nos dicen los siguientes pasajes:

1 Timoteo 1:3 “Como te rogué al partir para Macedonia que te quedaras en Efeso para que instruyeras a algunos que no enseñaran doctrinas extrañas, v:4 ni prestaran atención a mitos y genealogías interminables, lo que da lugar a discusiones inútiles en vez de hacer avanzar el plan de Dios que es por fe, así te encargo ahora. v:5 Pero el propósito de nuestra instrucción es el amor nacido de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera”.

Lo que quiere decir este verso es que el propósito por el cual se predica el Evangelio no es para que seamos llenos de conocimiento y que terminemos envanecidos y orgullosos, sino que terminemos con un corazón puro, con una limpia conciencia y con una fe no fingida. Una vez más, volvemos al punto que venimos tratando, el objetivo del Señor es la Purificación.

6.- LA PURIFICACIÓN TIENE UNA ESFERA DE ACCIÓN: LA COMUNIÓN CON LOS HERMANOS.

1 Juan 1:7 “pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. Andar en luz es estar en Cristo y si estamos en Él, tenemos comunión los unos con los otros. Sólo cuando estamos en la dimensión del Cuerpo de Cristo, es que realmente Su sangre nos purifica, nos restaura y nos lleva al estado en el que armonizamos con Su vivir victorioso.

7.- NUESTRO VERDADERO PROBLEMA CON EL PECADO.

1 Juan 1:8 “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros”.

Mire qué precioso el entendimiento que nos da este verso. Si lo leemos detenidamente, el verso dice: “Si decimos que no tenemos pecado...”. Por alguna razón, la mayoría hemos deducido que este pasaje dice: “si decimos que no hemos pecado”; pero la Biblia no dice “que no hemos pecado”, sino “que no tenemos pecado”. Hay un comentarista que dice: “la elección de las palabras es significativa, Juan dice: no tenemos pecado, pero no escribe no pecamos”.

Hagámonos una pregunta: ¿Si usted no hiciera nada malo, tuviera claro en su conciencia de todos modos que es pecador? o ¿Usted tiene que pecar propiamente para saber que usted es un pecador? Desgraciadamente, una gran mayoría de creyentes sólo se dan cuenta de quienes son a causa de lo que hacen. El error de esto es que muchos llegan a creer que la naturaleza mortal que tienen puede llegar a perfeccionarse.

Hermano, la naturaleza humana no puede perfeccionarse. La Vida en Cristo no se trata de llegar a tener una vida modificada o transformada, sino una vida intercambiada con la de Él. Pablo dijo en *Romanos 7:18* **“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”**. ¿Ha llegado usted a tal conclusión? ¿Puede usted decir: “yo sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita nada bueno? Nosotros sólo podemos ser purificados cuando reconocemos tal realidad. Nuestro verdadero problema con el pecado no es lo que hacemos, si no lo que somos.

8.- LA CONFESIÓN: LA SOLUCIÓN A LOS PECADOS.

1 Juan 1:9 **“Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”**.

El camino a seguir para darle una solución a los pecados, nos la muestra el apóstol Juan en el verso anterior. La clave es: “confesar”. Nuestro gran problema es que pedimos perdón, pero no confesamos nuestros pecados. El Apóstol Juan no dice que debemos pedir perdón, sino que debemos confesar nuestros pecados delante del Señor.

La confesión es una declaración consciente y detallada de nuestros pecados. ¿Qué quiere el Señor que hagamos cuando pecamos? Que vayamos a Su presencia con integridad en nuestra conciencia y confesemos detalladamente nuestros pecados, que le digamos claramente aquellas cosas pecaminosas que hemos hecho, ¿Con qué fin? Con el fin de estar conscientes de lo que es nuestra naturaleza de bajeza. Si así hacemos, tendremos como resultado la purificación de nuestros pecados.

¡Aleluya!